Wilde también era una fiesta

Natalia Rodríguez Simón



LA POLLERA

SALVAJE FEDERAL

Al Gordo, que me dio la mitad de esta historia.
A mi madre, que me dio la otra mitad, y la mano.

Hubo una misa en honor al Gordo. La iglesia del barrio le hizo un homenaje y además recibieron sus cenizas. Fue un domingo de invierno entre la tarde y la hora de la cena, una noche de lluvia. En el reducto triangular lleno de cruces y santos hacía más frío que afuera. Se iban acomodando los feligreses. Parecía que cada uno tenía pedacitos de él, del Gordo, entre las manos. Los dedos pasaban por cada uno como por cuentas: encomendaban trazos finitos de su alma primero a Dios, después a la Virgen.

El Gordo era diácono, una especie de cura católico que puede y debe casarse y tener hijos. En esa iglesia del barrio, la Santa Rosa de Lima, a veces oficiaba misas. También en la parroquia Nuestra Señora del Valle, ubicada en el barrio lindante, más humilde, cruzando la calle Las Flores. Pero esa es otra historia, o mejor: una ramificación de esta historia que se desprende de las venas del cuerpo muerto y se nutre hacia atrás, a contracorriente.

El Gordo murió enfermo de algo que nunca supimos qué era: no tuvimos diagnóstico. Pasó por una cirugía, por varias internaciones. Dejó de caminar, dejó su casa, dejó de salir de la cama del geriátrico donde pasó sus últimos días, quedó con el cuerpo en vías de descomposición. Se encomendó al Señor. Y la muerte le demoró un año. Yo digo que le rezaba a su muerte todos los días, postrado en la cama, impreso el rosario en el cuero duro de sus manos.

Antes de eso, de la lanza sagrada que puso fin al suplicio, el Gordo nos pidió que lo cremáramos y que entregáramos sus cenizas a su iglesia, la de su barrio. Ese día, el de la muerte, me llamó la encargada del geriátrico:

–Tu papá se nos está yendo –dijo.

–¿Cómo sabés?

–Porque lo estoy viendo, cómo voy a saber.

No sé por qué le pregunté, si esas cosas se saben. Uno de mis jefes de uno de mis tantos trabajos murió en su oficina. Así, de repente, sin aviso. Los que estábamos parados alrededor de él lo supimos enseguida. El cuerpo hacía lo suyo y nosotros corríamos y chillábamos como animalitos aterrados. Pero esa también es otra historia.

Cuando el Gordo murió, al día siguiente, lo velamos en una casa de sepelios del otro lado de la esta-

ción de tren que divide Wilde en sus meridianos este y oeste, y aún más allá: del otro lado de Mitre, la avenida ancha que atraviesa la localidad de norte a sur. De este lado del mundo no hay casas velatorias. Como si no nos visitara la muerte.

No vi el cadáver. No quise verlo antes del sepelio, apenas enterada, y ya no pude: el cajón estaba cerrado. Lo habían envuelto en papel film. Tenía un brillo como de almíbar o de agua, parecía apenas hundido. Las luces del salón formaban en la superficie ondas estáticas, plásticas. Arriba, a la altura de la cabeza, también brillaba la cruz donde se desangraba el cristo. El nylon, nos dijeron, estaba para que no se desparramaran los líquidos que desprendía el cuerpo. La recepción fue rápida.

Vinieron a despedirlo los fieles de su iglesia. Una era prima de mi madre. Por esas cosas de la vida y de Dios, cuando mis padres se divorciaron, mucho tiempo antes de esta muerte, la prima quedó del otro lado de la sangre. Mis hermanas recordaron esta lealtad extraña y le hablaron. Le contaron sobre la última voluntad del Gordo. Le pidieron que hiciera los arreglos. Unos meses después, un domingo, se hizo la misa. Era la primera vez en mi vida adulta que asistía a una. Mis hermanas y yo teníamos una cajita donde estaban las cenizas del Gordo. Y teníamos frío, un frío húmedo, punzante, que bajaba de los techos altos.

La misa la ofició el obispo de la diócesis de Quilmes, a la que pertenecía el Gordo. Lo asistía el cura de la iglesia, más joven, y sus monaguillos. El último cura que había conocido de esa misma iglesia, cuando tomé la comunión, también era joven. Parecía que Wilde era un primer escalón, una primera experiencia en la carrera eclesiástica. A lo ancho de los bancos de madera se desparramaban los feligreses. Algunas caras conocidas: mujeres que venían a pedir el consejo del Gordo cuando todavía vivía en casa. Me preguntaba qué habrían hecho estas señoras después del divorcio, con el Gordo fuera de Wilde por tanto tiempo hasta que murió su padre y pudo volver, por fin, a la casa de su madre, mi abuela, en otra torre, a pocos caminos de la nuestra. El caso es que ahí estaban, fieles como la prima, con el semblante grave al que obliga la muerte.

El obispo entró y se paró en el atril. Parecía coronado por la blancura de las columnas y paredes, una estructura casi futurista. Detrás de él, la cruz enorme con el cristo. Mis hermanas y yo ocupamos el primer banco, justo frente al atril. La prima, sentada detrás de nosotras, nos iba guiando con su palabra en la nuca en los rituales de los que ya nos habíamos olvidado: cantar, desear la paz, tomar la hostia.

Después el obispo propuso que dijéramos unas palabras sobre el difunto. Nosotras, sus hijas, no dijimos

nada. Por vergüenza, quizás, o porque no había nada que pudiéramos decir: el espacio del amor tomado por el vacío infinito. Sin embargo los vecinos hablaron de él. Contaron sobre las noches de caminata por las veredas del barrio. Hablaron de la palabra del Gordo, siempre justa, de aliento, de consuelo. Hablaron de cuánto lo quisieron. Eso fue lo único que me hizo sonreír, una especie de ternura. Pero no, no fue lo único, pasó otra cosa.

El obispo empezó a decir la palabra de Dios. Habló de Jesús, de su obra. Y vino a mí la palabra del Gordo. Su sotana enorme, blanca y suelta bailando debajo de la panza. El movimiento de sus manos callosas. Su voz calma como venida del verano. La soltura, la elocuencia simple con que salía de su boca el verbo: el amor de Dios, infinito, que todo lo abraza, el amor y el servicio al prójimo, el espacio que deja lo que damos para que Dios lo invada, lo llene.

El Gordo era el mejor pastor y suyo era el rebaño. Suyo era Wilde, suya la palabra de Dios, suya la iglesia. Suyos eran los curas que lo acompañaban, las señoras que le pedían consejo, la militancia. Suyas eran las sotanas y también suyos varios infiernos. Pero yo no. Yo no era suya ni de su rebaño. Yo era de la calle y ella toda mía, mío el refugio. Mío era Nicanor y él de nadie, del viento que lo amontonaba a veces por es-

tos lados, a veces por otros. Mía era la fiesta y yo tan de la noche, tan dada a los placeres de esta tierra que iba surcando a los saltos, a los vuelos, a los tumbos.

EL SUR

Para llegar a Wilde desde la Ciudad de Buenos Aires hay que cruzar el riacho hediondo que divide la ciudad de la provincia hacia el sur. Ese que María Julia Alsogaray, la reina de los tapados de piel y las privatizaciones de los años noventa, prometió limpiar en mil días.

El Riachuelo nace escupido de la boca ancha del Río de la Plata y serpentea por los barrios que se alzaron hace más de setenta años, sobre la huella del trabajo industrial. Huele a turbio y brilla metálico: una lámina de aceite negro centellea a cada oleaje. Y en su orilla conviven, amuchados, los efluentes de las fábricas, las casas bajas, los pasillos impenetrables, los potreros, las parrillas al paso: dos tablones de madera y algunos bancos alrededor de un chulengo improvisado.

Si se sigue la línea del Riachuelo hacia el sur, a poco de cruzar el puerto de Buenos Aires, el camino se interrumpe por el arroyo Santo Domingo, otro tajo abier-

to al Río de la Plata. Y apenas cruzando ese arroyo también estancado en mugre, emergen de golpe, como piezas de Lego gigantes, los cuarenta y ocho edificios del Complejo Habitacional Wilde, verdes y marrones, alrededor de una torre de agua que a la distancia parece un plato volador. Ese es el barrio de las iglesias del Gordo y también mío y de Nicanor. Pero Wilde es todavía más grande.

El mapa local tiene el peso de una cruz: la línea horizontal es la avenida Mitre y la vertical, más profunda, es la calle Las Flores. Empieza justo a la altura del Complejo, toca Mitre y sigue más allá, con otro nombre y otra geografía.

El predio donde se erige el Complejo está delante de los bañados del Río de la Plata, en tierras ganadas al río. Ahí el territorio se triangula y las ciudades se acercan, se confunden, se hermanan: se puede atravesar Wilde de un salto. Y en el límite con el sur está el partido de Quilmes. De ahí venían mis padres.

Yo no, yo vengo todavía de más al sur, diría el Gordo.

Cuenta la leyenda de nuestro linaje, una de la que no se habla, que mi abuela paterna era una mapuche chilena que se casó con un militar y en su peregrinaje desembocaron en las tierras más al sur del partido de Quilmes, donde criaron a sus hijos. Cuenta mi madre que antes de mudarnos al Complejo vivíamos fuera de

los límites de Quilmes, en una casita –*un rancho*, dice ella– emplazada en calle de tierra, todo tierra y barro, baño afuera, pozo ciego.

Yo digo que hay un impulso ancestral de migrar al norte. Mis padres peregrinaron al departamento con baño adentro, inodoro, cloacas, red de agua, estufas de tiro balanceado, sexto piso con balcón, vértigo o las ganas locas de salir volando. Unas torres más allá vivía Nicanor.

Yo digo que la fiesta se quedó de este lado. Del lado de las iglesias del Gordo, del amor de Dios que llega a ciertos lugares, selectivo e imponente. Tan dotadas de la palabra.

Pero la iglesia es una fachada: el amor de Dios es otra cosa, diría el Gordo.

La fiesta quedó en las calles domadas por Nicanor, en el zigzag cuadrangular del Barrio Gráfico y en el Fondo. En el boulevard de Las Flores, que divide un lado del otro. Y terminó, como termina todo, hundido en la memoria por el peso de su propia existencia, en una de las paredes de esas casas sobre Las Flores, tan bien montadas, tan enteras. Terminó con un mensaje escrito en negro sobre blanco que no hubiera llegado –o que yo, al menos, no hubiera leído– si se escribía en las otras paredes, las del fondo del Fondo, que se van descascarando a medida que el camino se pierde en el arroyo Santo Domingo.

Ahí en el Complejo, nos instalamos en un departamento del sexto piso de la torre nueve. Las ventanas daban a las tierras del río y al terreno de los polacos, que después se transformó en el Club Independiente. Teníamos alfombra, calefacción, cocina, gas natural. Era una fiesta.

La distribución de las torres en el predio que ocupa el Complejo es caprichosa: algunas pegadas a otras, dos bodoques siameses que se conectan sólo por un lateral en común; otras más solas, unidas a las demás por los caminos laberínticos. El barrio se diagrama en líneas de baldosas que nos marcan los pasos para impedir que pisemos el pasto. Los edificios se alzan entre jardines con árboles y arbustos, pero está prohibido tocarlos. Es una prohibición castrense.

Llegamos a ese lugar tan encantador, imaginate: torres enormes como las de una ciudad, pero rodeadas de verde. Y no podíamos pisar, con todo lo que nos había costado, no podíamos festejar, dice mi madre.

En los años setenta se sentaron las bases para planificar un barrio militar. Un grupo de gendarmes fundó la Cooperativa de Vivienda Integración y Progreso, y comenzó la construcción. Pero a los pocos meses, por distintos conflictos legales y políticos, el proyecto se interrumpió hasta los años ochenta, cuando cobró vida nuevamente con la intervención estatal, a través

del FONAVI, un organismo que asiste a los institutos de vivienda provinciales. Entonces comenzó la convocatoria para que militares y sus familiares se anotaran en los planes de vivienda. Los departamentos no estaban terminados.

Mi abuelo paterno era gendarme. Con la dictadura fresca en la memoria, esto era algo de lo que tampoco se hablaba. Hacía pocos años el Gordo había tenido que enterrar libros y agendas, y mi madre cargaba y criaba hijos entre razzias.

Subían a los colectivos y empezaban a pedir los documentos. Yo por ahí estaba con tus hermanos y la otra en camino, en la panza. Iba a trabajar. Si me decían algo, yo respondía que estaba yendo a la escuela, que era la directora. No sé si me creían. Quizás les daba lástima. A mí me quedaba el nudo, las ganas de llorar, dice.

Como el Gordo y mi abuelo no tenían buena relación, mis padres no se enteraron del proyecto de departamentos. El Gordo se la hacía difícil a su padre: amaneraba las formas, andaba delicado por la casa, afinaba la voz.

Se volvía loco, diría el Gordo y una sonrisa diabla le encendería los ojos.

Los planes de vivienda no abundaban por esos años y mi abuelo no mostraba señales de compartir el proyecto en el que él mismo y una de sus hijas se

habían anotado. Entonces su mujer, mi abuela, tomó cartas en el asunto y lo obligó a firmar la planilla que otorgaba su autorización para que mis padres pudieran empezar a pagar las cuotas.

Tu abuela lo amenazaba con la escopeta, era brava, dice mi madre.

Mi abuela era india y mi abuelo era militar. Tantas veces escuché que ella era "de armas tomar". Que le había apuntado al marido con la escopeta para que nos habilitara la casa o para que fuera a buscar al Gordo, su hijo, que se había escapado, que se hacía el maricón sólo para encabronar al padre. Puedo verla con el caño hacia la puerta donde está parado el marido recién llegado quién sabe de dónde, el brazo firme.

–Andá buscámelo –dice con el miedo perdido, esa indiferencia parecida a la que tienen los chicos golpeados, castigados continuamente. El sinsentido.

Yo digo que la fuerza, esa fuerza, es una especie de desquicio que roza lo animal, la mínima supervivencia.

Firmada la planilla, hubo que esperar varios años más para habitar la vivienda. La primera se entregó a fines de 1984, año de mi nacimiento. Nos mudamos a mediados de 1985. Nos tocó una de las primeras torres, de las construidas apenas comenzado el proyecto militar, en la parcela primigenia. El barrio se divide en dos parcelas, a uno y otro lado de una calle interna.

En la otra quedaban las torres que había terminado de levantar el FONAVI. El barrio en su conjunto terminó de habitarse en 1988. La diferencia entre las parcelas era notable y se profundizaba con los años: parecía que las primeras torres eran más fuertes, más sólidas, de materiales más nobles, una impronta heredada de las manos que las hicieron nacer.

Los caminos laberínticos del Complejo conectan los edificios, las plazoletas, la escuela y el jardín de infantes, la calle interna, el centro comercial, el centro de jubilados, el polideportivo que se construyó con los años. Y en el medio del predio la silueta de la torre de agua, el tanque que abastece a las más de dos mil familias, como una postal futurista venida de los años setenta.

Entre todo eso, el parquizado, los arbustos florecidos, la tierra húmeda y blanda que está prohibido pisar. Hay carteles. Es una grama verde y esponjosa mantenida en una rutina de cortes y agua por el personal de la Cooperativa, que administra los edificios y cobra las expensas. Pocos años después de que los departamentos se habitaran, la cuota de expensas pasaría a superar la del FONAVI.

Los chicos surcábamos los caminos con el verde atravesado en las retinas. Estaba prohibido pisarlo y eso no era todo: si nos pescaban, los milicos nos castigaban. Había que cumplir con el Reglamento: el

barrio se organiza bajo una normativa aprobada en asamblea vecinal.

A mí, de una timidez más cercana a la apatía, no me pasaban ciertas cosas. Pero a mis hermanos sí. Ellos andaban solos por esos caminos, dueños de las horas de la siesta. Pateaban pelotas, se hacían amigos, y por accidente, quizás, o algo parecido a la picardía, se les iba el pie. Un día uno de los milicos les tiró de las orejas y los llevó llorando a la torre a la que pertenecían. Mis hermanos subieron al departamento y contaron todo con nombre y apellido. No estaban acostumbrados a que los fajaran los ajenos. Bajó el Gordo, buscó al milico, conversaron, subió con él a nuestra casa, tomaron un vino.

Hay que tener paciencia, es gente ignorante, diría.

Esos tipos recios de bigote y cara rígida y mujeres de ojos mustios quizás fueran los dueños, pero el Gordo los evangelizaba. Y abría en sus hijos la deriva.

LA NOCHE BOCA ARRIBA

Entonces, desde las ventanas del departamento en el sexto piso se veían las tierras llanas, entre verdes y amarillas, y bastante más allá la línea marrón del río. Con el tiempo esa línea se fue cubriendo de matorrales y el río pasó a pellizcar tramos del horizonte. Ahí amanecía y ahí se sonrojaba el cielo a la tardecita. La noche era un negro profundo. Abajo, los grillos perforaban el silencio y las luciérnagas lo oscuro.

La noche era un negro profundo en el que apenas se distinguían las sombras de la casita de chapa de los polacos, las figuras de los animales moviéndose sobre el yuyo largo, el correteo corto y saltarín de los hijos.

Los polacos tenían un puñado de hijos todos rubiecitos, la piel rosada. Tenían también gallinas y vacas. Y después algunos árboles y el llano extenso hacia el río. Los polacos y los hijos y los animales y la casita eran un puñal estampado en ese llano que después se converti-